

La divinidad de Dios

por Arthur W. Pink

Traducido por Cynthia Canales

Editado por Salvador Gómez

Español

La divinidad de Dios

Copyright 2016 Lexham Español

Lexham Español, 1313 Commercial St., Bellingham, WA 98225

LexhamPress.com

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado etc., excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la editorial.

Las citas bíblicas son tomadas de la Biblia Reina Valera (RVR) 1960.

© Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

Editor general: Guillermo Powell

Traducción: Cynthia Canales

Edición: Salvador Gómez

Diseño de portada: Christine Gerhart

Contenido:

La divinidad de Dios

1. La divinidad absoluta de Dios se ve en la creación
2. La divinidad absoluta de Dios puede ser vista en Su gobierno
3. La divinidad absoluta de Dios se ve en la entrega de las Escrituras
4. La divinidad absoluta de Dios se ve en la salvación

La divinidad de Dios

¡La divinidad de Dios! ¿Qué quiere decir esta expresión? Ah, qué triste es que esta pregunta se tenga que hacer y contestar. Sin embargo, es necesaria porque se ha levantado una generación que está cerca de ser universalmente ignorante de la importante verdad que este término connota. Lo que hoy es popular en las universidades, en los púlpitos y en la prensa es la dignidad, el poder y los logros del hombre. Pero este es solo el fruto corrupto que se ha puesto en circulación desde las enseñanzas de la evolución hace cincuenta años. Cuando los teólogos cristianos aceptaron las hipótesis del darwinismo, que excluía a Dios del reino de la creación, lo único que podíamos esperar era que Dios fuera cada vez más desterrado del reino de los asuntos humanos. Esto ha quedado demostrado. Para la mente del siglo veinte Dios es poco más que una abstracción, una ‘primera causa’ impersonal o, si acaso, un ser distante de este mundo que tiene poco o nada que ver con los asuntos mundanos. El hombre, en verdad, es un ‘dios’ para sí mismo. Es un ‘agente libre’ y, por lo tanto, el que regula su propia vida y el que determina su propio destino. Esa fue la mentira del diablo al principio —«seréis como Dios» (Gn 3:5). Pero de la especulación del hombre y de la insinuación satánica pasamos a la revelación divina.

¡La divinidad de Dios! ¿Qué quiere decir esta expresión? Esto: la omnipotencia de Dios, la soberanía absoluta de Dios. Cuando hablamos de la divinidad de Dios afirmamos que Dios es Dios. Afirmamos que Dios es algo más que un título vacío; que Dios es algo más que una mera figura insigne; que Dios es algo más que un espectador muy distante que observa sin poder hacer nada por el sufrimiento que el pecado ha causado. Cuando hablamos de la divinidad de Dios afirmamos que Él es el «Rey de reyes y Señor de señores». Afirmamos que Dios es algo más que un ser desilusionado, insatisfecho y derrotado que está lleno de deseos benévolos, pero que le falta el poder para llevarlos a cabo. Cuando hablamos de la divinidad de Dios afirmamos que es ‘el Altísimo’. Afirmamos que Dios es algo más que alguien que ha dotado al hombre con el poder de elegir y, porque ha hecho esto es, por lo tanto, incapaz de obligar al hombre a hacer su voluntad. Afirmamos que Dios es algo más que alguien que ha librado una guerra prolongada con el diablo y ha sido vencido. Cuando hablamos de la divinidad de Dios afirmamos que él es el Todopoderoso.

Entonces hablar de la divinidad de Dios es decir que Dios está en el trono, en el trono como un hecho, no como algo que se dice; en un trono que está alto, por encima de todo. Hablar de la divinidad de Dios es decir que el timón está en su mano y que lo está dirigiendo según su propia buena voluntad. Hablar de la divinidad de Dios es decir que él es el Alfarero, que nosotros somos el barro y que del barro hace a unas vasijas para honra y a otras vasijas para deshonra, de acuerdo a sus propios derechos soberanos. Hablar del Déspota divino es decir que hace «según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?» (Da 4:35). Por lo tanto, hablar de la divinidad de Dios es darle al poderoso Creador el lugar que le corresponde; es reconocer su exaltada majestad; es admitir que es dueño de su cetro universal.

La divinidad se sitúa en la base misma de la revelación divina: «en el principio Dios» —en una majestad solemne, eterna, sin causa, autosuficiente. Esta es la doctrina base y todas las demás doctrinas se deben construir sobre ella; cualquier doctrina que no se construya sobre esta

fracasará inevitablemente y caerá en el día de la prueba. En el comienzo de toda teología verdadera está el postulado de que Dios es Dios —absoluto e irresistible. Así debe ser. Sin esto nos enfrentamos a una puerta cerrada; con esto tenemos una llave que desentraña todos los misterios. Esto es cierto de la creación; excluye a un Dios todopoderoso y no queda nada sino un materialismo ciego e ilógico. Esto es cierto de la revelación; la Biblia es el milagro solitario en el reino de la literatura; excluye a Dios de ella y tienes un milagro y ningún Obrador de milagros para producirlo. Esto es cierto de la salvación. La salvación es «del Señor», y es completamente del Señor; excluye a Dios de cada aspecto o parte de la salvación y la salvación desaparece. Esto es cierto de la historia porque la historia es su historia; es la manifestación exterior en el tiempo de su propósito eterno; excluye a Dios de la historia y nada tiene sentido ni propósito. La divinidad absoluta de Dios es la única garantía de que al final se demostrará plena y definitivamente que Dios es «todo en todos» (1 Cor 15:28).

«En el principio Dios». Estas no son solo las primeras palabras de la Santa Escritura sino que deben ser el firme axioma de toda verdadera filosofía —la filosofía de la historia del hombre, por ejemplo. En vez de comenzar con el hombre y su mundo e intentar razonar hacia atrás con Dios, debemos comenzar con Dios y razonar hacia adelante con el hombre y su mundo. No hacer esto es un fracaso que deja sin resolver el ‘enigma del universo’. Comienza con el mundo como se encuentra el día de hoy y trata de razonar hacia atrás con Dios y, ¿cuál es el resultado? Si eres honesto de corazón y lógico en tu mente, este es: que Dios tiene poco o nada que hacer con el mundo. Pero comienza con Dios y razona hacia adelante con el mundo como se encuentra el día de hoy y esto arroja mucha luz al problema. Porque Dios es santo, su ira arde contra el pecado. Porque Dios es justo, sus juicios caen sobre los que se rebelan contra él. Porque Dios es fiel, las solemnes amenazas de su Palabra se están cumpliendo. Porque Dios es omnipotente, ningún problema lo puede dominar, ningún enemigo lo puede derrotar y nadie se puede resistir a ninguno de sus propósitos. Es solo porque Dios es quien es y lo que es, que nosotros ahora contemplamos lo que vemos: las nubes de la tormenta de la ira divina que se vienen preparando y que en breve estallarán sobre la tierra.

«Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas» (Ro 11:36). En el principio: Dios. En el centro: Dios. Al final: Dios. Pero tan pronto como se insiste en esto, los hombres se levantan y te dicen lo que ellos piensan acerca de Dios. Hablarán largamente acerca de que Dios trabaja de un modo consistente con su propio carácter, como si un gusano de la tierra fuera capaz de determinar lo que fuera consistente y lo que no fuera consistente con las perfecciones divinas. La gente dirá con un aire de profunda sabiduría que Dios debe tratar justamente con sus criaturas, lo que es cierto, por supuesto, pero ¿quién es capaz de definir la justicia divina o cualquier otro de los atributos de Dios? La verdad es que el hombre es completamente incompetente para hacer un estimado correcto del carácter de Dios y de sus caminos, y es por esto que Dios nos ha dado una revelación de su mente, y en esa revelación declara claramente: «Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos» (Is 55:8, 9). En vista de una Escritura como esta, lo único que se puede esperar es que muchos de los contenidos de la Biblia estén en conflicto con los sentimientos de la mente carnal que se encuentra en

«enemistad con Dios». Además, en vista de una Escritura como la anterior, no nos debe sorprender que gran parte de la historia del hombre sea tan perpleja a nuestras comprensiones.

El mundo natural, para comenzar con lo más simple, presenta problemas suficientes para humillar al hombre; pero el asunto es que el orgullo lo ciega. ¿Por qué debe haber enfermedades y remedios para ellas? ¿Por qué venenos y sus antídotos? ¿Por qué ratas y ratones, y gatos para matarlos? ¿Por qué no hacer que los males no se lleven a cabo, y así no tener necesidad de los instrumentos para eliminarlos? Ah, ¿por qué somos tan lentos para aprender que los caminos de Dios son diferentes a los nuestros? Cuando entramos en el ámbito humano el misterio se profundiza. ¿Para qué fue colocado el hombre sobre la tierra? ¿Para aprender alguna lección o lecciones, o para experimentar alguna prueba o experiencia que no podría aprender y sufrir en otra parte? Si así fuera, ¿por qué se elimina entonces a una gran parte de la raza en la infancia antes de que tales lecciones se puedan aprender y tales experiencias se puedan adquirir? De verdad, ¿por qué? Preguntas como estas se podrían multiplicar de un modo indefinido, pero se ha dicho suficiente para señalar las limitaciones manifiestas de la sabiduría humana. Si nos enfrentamos con problemas irresolubles en el ámbito de la naturaleza y la existencia humana, ¿qué del reino divino! ¿Quién puede desentrañar los caminos del Todopoderoso? ¿Puedes tú buscando encontrar a Dios? Seguro que no. «Nubes y oscuridad alrededor de él» (Sal 97:2). Si Dios no fuera un misterio para nosotros no sería Dios.

Pero, ¿por qué escribir con esta presión? Seguramente lo que se necesita en la actualidad es aquello que fortalecerá la fe, no lo que la paralice. Ciertamente; pero, ¿qué es fe? Nos referimos a la fe en abstracto. La fe es, en esencia, una actitud más que un acto; es eso que está detrás del acto. La fe es una actitud de dependencia, una debilidad que se reconoce. Fe es llegar al fin de nosotros mismos y ver fuera de nosotros mismos, lejos de nosotros mismos. La fe es lo que le da a Dios el lugar que le corresponde. Y si le damos a Dios el lugar que le corresponde, también debemos tomar el lugar que nos corresponde, y este lugar está en el polvo. ¿Habría algo que lleve más rápidamente hasta el polvo a una criatura autosuficiente y arrogante que una visión de la deidad de Dios? Nada humilla más al corazón humano que hacer un reconocimiento verdadero de la absoluta soberanía de Dios. Es así entonces que, en vez de buscar debilitar la fe, escribimos para fomentar y fortalecerla. El problema principal es que mucho de lo que pasa por fe en la actualidad realmente solo es un sentimentalismo sensiblero. La fe de la cristiandad en este siglo veinte es mera credulidad y el ‘dios’ de muchas de nuestras iglesias no es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, sino un mero producto de la imaginación. La teología moderna ha inventado un ‘dios’ que la mente finita pueda entender, cuyos caminos son agradables al hombre natural, un ‘dios’ que es completamente como los que profesan adorarlo (Sal 50:21), un ‘dios’ de quien existe poco o ningún misterio. ¡Pero qué diferente es el Dios que las Santas Escrituras revelan! De él se dice que sus caminos son ‘inescrutables’ (Ro 11:33). Para entrar en detalles:

1. El ‘dios’ de los modernos está completamente desprovisto de poder. La idea popular en la actualidad es la de que la deidad está llena de intenciones amigables pero que Satanás impide que prosperen. Se nos dice que no es la voluntad de Dios que haya guerras porque las guerras son algo que los hombres no son capaces de reconciliar con sus ideas de la misericordia divina. Entonces la conclusión es que todas las guerras son del diablo. Las plagas y los terremotos, las

hambrunas y los tornados no son enviados por Dios sino que solo se atribuyen a causas naturales. Afirmar que el Señor Dios envió la reciente epidemia de gripe como un juicio de castigo sería escandalizar las sensibilidades de la mente moderna. Todas esas cosas son una causa de dolor para ‘dios’ porque lo que ‘él’ desea es solo la felicidad de todos.

2. Al ‘dios’ de los modernos le falta por completo la sabiduría. La creencia popular es que Dios ama a todos y que su voluntad es que cada uno de los hijos de Adán se salve. Pero si esto fuera verdad, le faltaría mucha sabiduría porque él sabe bastante bien que bajo las condiciones existentes la mayoría se perderá. Si realmente desea que todas las criaturas tengan una oportunidad igual de salvarse, entonces ¿por qué tolerar que tantos nazcan en familias (de padres criminales, por ejemplo) y sean criados bajo condiciones en las que nunca escucharán el evangelio? (hay muchos miles así en este país). Si en respuesta se dijera que Dios no ha creado estas condiciones criminales, el punto se cedió fácilmente, sin embargo Dios es responsable de enviarles hijos porque el fruto del vientre se encuentra únicamente en sus manos. ¿Por qué no producir esterilidad entre los criminales si es contrario a su voluntad que los niños nazcan en tales condiciones, condiciones que con frecuencia descartan toda lectura de las Escrituras y que todos escuchen el evangelio?

3. Al ‘dios’ de los modernos le falta santidad. Todavía se permite en parte que el crimen merezca un castigo, aunque cada vez más está ganando terreno la creencia de que el criminal es realmente objeto de piedad en vez de censura y que lo que necesita es educación y reforma en vez de castigo. Pero Dios debe aborrecer ese PECADO (pecados de pensamiento así como de hecho, pecados del corazón así como de la vida, pecados de omisión así como de comisión, la raíz pecaminosa misma así como el fruto). Se toma como algo completamente pasado de moda el que su naturaleza arda contra este. Hasta los que alardean con más fuerza de su ortodoxia, niegan con indignación el hecho de que Dios aborrece incluso al pecador.

4. Al ‘dios’ de los modernos le falta la prerrogativa soberana. Cualesquiera que sean los derechos que se pueda suponer que la deidad actual de la cristiandad posee en teoría, es un hecho que deben estar subordinados a los ‘derechos’ de la criatura. Se niega casi universalmente que los derechos del Creador sobre sus criaturas son los del Alfarero sobre el barro. Cuando se afirma que Dios tiene el derecho de hacer un vaso para honra y otro para deshonra, se levanta de manera instantánea el grito de injusticia. Cuando se afirma que la salvación es un regalo y que este regalo lo concede Dios a quien le place, se dice que es parcial e injusto. Si Dios tiene dones que impartir, los debe distribuir equitativamente o bien otorgarlos a los que se los merezcan, sean quienes sean. De esta manera a Dios se le da menos libertad que a mí, que puedo desembolsar mi caridad como mejor me plazca, dándole a un mendigo veinticinco centavos, a otro diez centavos y a un tercero nada de nada si así lo creo.

¡Cuán diferente es el Dios de la Biblia del ‘dios’ de los modernos! El Dios de la Escritura es todopoderoso. Él habla y sucede, ordena y su orden se mantiene firme. Él es aquél con quien «todas las cosas son posibles» y que «hace todas las cosas según el designio de su voluntad» (Ef 1:11). Él es el que «midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados» (Is 40:12). Él es a quien «las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas», para quien «como nada son todas las naciones delante de él; y

en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es» (Is 40:15, 17). Él es el que «está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas; él extiende los cielos como una cortina, los despliega como una tienda para morar. Él convierte en nada a los poderosos, y a los que gobiernan la tierra hace como cosa vana» (Is 40:22, 23). Él es el que declara, «Así dice Jehová, tu Redentor, que te formó desde el vientre: Yo Jehová, que lo hago todo, que extendiendo solo los cielos, que extendiendo la tierra por mí mismo; que deshago las señales de los adivinos, y enloquezco a los agoreros; que hago volver atrás a los sabios, y desvanezco su sabiduría. Yo, el que despierta la palabra de su siervo, y cumple el consejo de sus mensajeros; que dice a Jerusalén: Serás habitada; y a las ciudades de Judá: Reconstruidas serán, y sus ruinas reedificaré; que dice a las profundidades: Secaos, y tus ríos haré secar; que dice de Ciro: Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero» (Is 44:24–28). Tal es el Dios de la Biblia, el Dios que lanza el reto: «¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis?» (Is 40:18). Y como si no fuera suficiente, en el mismo capítulo vuelve a preguntar: «¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo. Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas; él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio... ¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio» (Is 40:25, 26, 28).

El Dios de la Escritura es infinito en sabiduría. Ningún secreto se le puede esconder, ningún problema lo puede desconcertar, nada es demasiado difícil para él. Dios es omnisciente. «Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito» (Sal 147:5). Por lo tanto se dice: “su entendimiento no hay quien lo alcance» (Is 40:28). Por esto es que en la revelación de Él esperamos encontrar verdades que trascienden el alcance de la mente de la criatura y, de ahí la locura presuntuosa y la maldad de los que no son sino ‘polvo y cenizas’, cuando pretenden hacer juicio y declarar como sensatez o insensatez aquellas doctrinas que están por encima de su razón, y especular sobre cosas que son un asunto de revelación pura. En vez de ir a las Escrituras para que estas les enseñen, los hombres primero llenan sus mentes con objeciones y después, en vez de interpretar los oráculos divinos de acuerdo con su significado obvio, los presentan y los tuercen de acuerdo a los dictados de su propia razón finita. Con toda seguridad si somos incapaces de comprender la forma de existencia de Dios, porque está infinitamente por encima de nosotros, entonces por la misma razón somos incapaces de comprender los consejos de la sabiduría infinita. Tal es la afirmación explícita de la misma Sagrada Escritura: «Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente» (1 Cor 2:14).

El Dios de la Escritura es infinito en santidad. El ‘único Dios verdadero’ es el que odia el pecado con un aborrecimiento perfecto y cuya naturaleza arde eternamente contra el mismo. Fue Él quien contempló la maldad de los antediluvianos y que abrió las ventanas del cielo e hizo caer el diluvio de su justa indignación. Fue Él quien hizo llover fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra y destruyó por completo esas ciudades de la planicie. Fue Él quien envió las plagas sobre Egipto y destruyó a su altivo monarca junto con sus ejércitos en el Mar Rojo. Fue Él quien hizo que la tierra abriera su boca y se tragara vivo a Coré y su rebelde compañía. Sí, fue Él quien «no escatimó ni a su propio hijo» cuando fue «hecho pecado por nosotros para

que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él». Dios es tan santo, y el antagonismo de su naturaleza contra el mal es tal, que por un pecado desterró a nuestros primeros padres del Edén; por un pecado maldijo la posteridad de Cam; por un pecado convirtió a la esposa de Lot en estatua de sal; por un pecado envió fuego y devoró a los hijos de Aarón; por un pecado Moisés murió en el desierto; por un pecado Acán y su familia fueron apedreados hasta la muerte; por un pecado el siervo de Eliseo fue herido con lepra. He aquí, por tanto, no solo la bondad sino también «la severidad de Dios» (Ro 11:22). ¡Y este es el Dios con el que todos los que rechazan a Cristo todavía tienen que encontrarse en el juicio!

El Dios de la Escritura tiene una voluntad irresistible. ¡El hombre habla y presume de su voluntad, pero Dios también tiene una voluntad! En las planicies de Sinar, los hombres tuvieron una voluntad y se comprometieron a construir una torre cuya punta llegara hasta el cielo; pero, ¿qué pasó con ella? Dios también tuvo una voluntad y el obstinado esfuerzo de ellos quedó en nada. Faraón dio expresión a su voluntad cuando endureció su corazón y se rehusó a permitir que el pueblo de Jehová saliera al desierto y que lo adorara allí, pero, ¿qué pasó con esto? Dios también tuvo una voluntad, y siendo el Todopoderoso su voluntad fue la que se llevó a cabo. Balac tuvo una voluntad cuando contrató a Balaam para que fuera y maldijera a los hebreos, pero, ¿de qué le sirvió eso? Los cananeos tuvieron una voluntad cuando determinaron evitar que Israel ocupara la tierra prometida, pero, ¿hasta qué punto tuvieron éxito? Saúl tuvo una voluntad cuando lanzó su jabalina contra David, pero en vez de matar al ungido del Señor, esta se clavó en la pared. Jonás tuvo una voluntad cuando se negó a ir y predicar a los ninivitas, pero, ¿qué resultó de eso? Nabucodonosor tuvo una voluntad cuando pensó destruir a los tres hebreos, pero Dios también tuvo una voluntad y por eso el fuego no les hizo daño. Herodes tuvo una voluntad cuando se propuso matar al niño Jesús, y si no hubiera habido un Dios vivo reinando, sus malvados deseos se hubieran llevado a cabo; pero al atreverse a enfrentar su endeble voluntad contra la voluntad irresistible del Todopoderoso, sus esfuerzos no llegaron a nada. Sí, mi lector, y tú tenías una voluntad cuando formaste tus planes sin primero buscar el consejo del Señor y, por lo tanto, él los derribó. Como si un gusano intentara resistir las pisadas de un elefante; como si un bebé se parara entre las vías del tren e intentara empujar el tren exprés; como si un niño quisiera intentar prevenir que el océano hiciera olas, lo mismo pasa con una criatura que trata de resistir la obra exterior del propósito del Señor Dios. «Jehová Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en los cielos, y tienes dominio sobre todos los reinos de las naciones? ¿No está en tu mano tal fuerza y poder, que no hay quien te resista?» (2 Cr 20:6).

El Dios de la Escritura es absolutamente soberano. Esa es su propia afirmación: «Este es el consejo que está acordado sobre toda la tierra, y esta, la mano extendida sobre todas las naciones. Porque Jehová de los ejércitos lo ha determinado, ¿y quién lo impedirá? Y su mano extendida, ¿quién la hará retroceder?» (Is 14:26, 27). La soberanía de Dios es absoluta e irresistible: «Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?» (Da 4:35). La soberanía de Dios es verdad no solo hipotéticamente sino de hecho. Es decir, Dios ejerce su soberanía, la ejerce tanto en el reino natural como en el espiritual. Uno nace negro, otro blanco. Uno nace en riqueza, otro en pobreza. Uno nace con un cuerpo saludable, otro enfermizo y lisiado. Uno muere en la

infancia, otro vive hasta la vejez. A uno se le dota con cinco talentos, a otro con solo uno. Y en todos estos casos es Dios el Creador el que hace que uno difiera del otro y «no hay quien detenga su mano». Así también es en el reino espiritual. Uno nace en un hogar piadoso y es criado en el temor del Señor; otro nace de padres criminales y es criado en el vicio. Uno es el objeto de muchas oraciones, por el otro no se ora para nada. Uno escucha el evangelio desde la primera infancia, otro nunca lo escucha. Uno se sienta bajo un ministerio bíblico, otro solo escucha errores y herejías. De los que sí escuchan el evangelio, a uno el Señor le abre el corazón para recibir la verdad mientras que otro es dejado a sí mismo. Uno es «ordenado para vida eterna». (Hch 13:48), mientras que otro es «ordenado para condenación» (Jud 4). A quienes le place Dios les muestra misericordia y a quienes le place los ‘endurece’ (Ro 9:18).

1. La divinidad absoluta de Dios se ve en la creación

¿A quién le pidió consejo en la creación? ¿A quién consultó cuando determinó los diversos y múltiples arreglos, ajustes, adaptaciones, relaciones, equipamientos de sus miríadas de criaturas? ¿No hizo todo según el consejo de su propia voluntad? ¿No decidió que los pájaros volaran en el aire, las bestias vagaran por la tierra y los peces vivieran en el mar? ¿No decidió que debía haber una extensa gama entre las criaturas de su mano en vez de hacer todo igual y uniforme? ¿No determinó hacer un mundo que girara por un lado y un átomo que flotara por el otro? ¿No determinó crear al exaltado serafín para que esté de pie ante su trono por todas las edades y también hacer otra criatura que muere en la misma hora en la que nace? ¿No fue el Soberano indiscutible en todos sus actos creativos? Sí, ciertamente, porque las tres personas de la deidad estaban solas en su solitaria majestad. ¿Por qué debería Dios tomar consejo? ¿Podría el hombre agregar a su conocimiento o corregir sus errores? Dios de un modo soberano asignó a sus miríadas de criaturas, como quiso, sus distintas habitaciones, miembros, movimientos. Dios nunca consultó a un hombre acerca de un solo miembro de su cuerpo o acerca de su tamaño, color o capacidad; por el contrario, «Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso» (1 Cor 12:18). Tan cierto es que el hombre es el producto de la creación soberana como cualquier otra de las criaturas de Dios; creación soberana, decimos, no arbitraria.

2. La divinidad absoluta de Dios puede ser vista en Su gobierno

Dios no solo creó todo, sino que todo lo que creó está sujeto a su control inmediato. Dios gobierna sobre las obras de sus manos. Dios gobierna a las criaturas que hizo. Dios reina con dominio universal. Cuando quiso, el sol y la luna se detuvieron (Jos 10:12, 13); y a una palabra suya, el sol retrocedió diez grados en el reloj de Acáz (Is 38:8). A su orden el mar Rojo dejó de fluir, y a su orden reasumió su curso normal (Éx 14). En respuesta a la oración de Eliseo, hizo que el hacha flotara por encima del agua (2 R 6:5). Sí, cuando quiso, invirtió el orden de la naturaleza, como cuando el fuego del horno de Nabucodonosor no quemó, o como cuando los leones hambrientos no tocaron a Daniel, o como cuando los cuervos, que son pájaros de rapiña, fueron hechos para ministrar a Elías. A una palabra de aquel que los hizo, un pez llevó una moneda a Pedro, un árbol se marchitó de repente (Mt 21:4), y la furiosa tempestad se calmó.

Ocorre lo mismo con los hombres; ellos también son gobernados por Dios; gobernados por una mano que no se ve; muchas veces desconocida para ellos mismos. Poco sabían ellos, sin embargo, los hijos de Jacob solo estaban llevando a cabo la voluntad de Jehová cuando vendieron a José en las manos de los ismaelitas que lo llevaron a Egipto. Poco estaba la hija de Faraón consciente de esto cuando fue al Nilo a bañarse, pero Dios la estaba dirigiendo, dirigiendo hasta allí para rescatar de las aguas al bebé Moisés. Poco lo sabía César Augusto, pero al promulgar el edicto para que todo el mundo fuese empadronado (Lc 2:1), él estaba poniendo en marcha un movimiento que hizo que la palabra y el decreto de Dios se cumplieran. Sí, incluso «...el corazón del rey [está] en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina» (Pr 21:1). Y lo mismo sucede con Satanás. Él también es el siervo (involuntario y poco dispuesto) de Dios. No pudo tocar a Job sin primero obtener el permiso divino. No pudo zarandear a los apóstoles hasta que obtuvo el consentimiento de Cristo. A una palabra del Señor Jesús, Satanás lo ‘dejó’ (Mt 4:10, 11). De él también Dios ha dicho: Hasta aquí llegarás y no avanzarás más.

Aun la muerte, esa ‘reina de los terrores’ a la que ninguna habilidad del hombre puede desafiar, está absolutamente sujeta a las órdenes del Señor. En su sermón sobre el Salmo 68:20, 21 —«Del Señor es el librar de la muerte»— el finado C. H. Spurgeon bien dijo: «La prerrogativa de la vida o de la muerte le pertenece a Dios en una amplia gama de sentidos. En primer lugar, en cuanto a la vida natural todos dependemos de su buena voluntad. No vamos a morir hasta el momento que él lo designe, porque tanto el tiempo de nuestra muerte, como todo nuestro tiempo en sentido general, está en sus manos. Nuestras faldas pueden evitar los portales del sepulcro y, sin embargo, si el Señor es nuestro protector, atravesaremos la puerta de hierro sin sufrir daño alguno. Los lobos de la enfermedad nos lastimarán en vano hasta que Dios permita que nos venzan. Los enemigos más desesperados pueden estar a nuestro acecho, pero ninguna bala se podrá alojar en ningún corazón a menos que el Señor lo permita. Nuestra vida no depende del cuidado de los ángeles, ni tampoco nuestra muerte puede estar cercada por la malicia de los demonios. Somos inmortales hasta que nuestro trabajo se haya llevado a cabo, inmortales hasta que el Rey inmortal nos llame a casa, a la tierra donde seremos inmortales en un sentido todavía más alto. Cuando nos encontremos más enfermos que nunca, no tenemos que desesperamos por la recuperación, porque la muerte está en las manos todopoderosas. ‘¡El Señor mata y da vida; el abate hasta la tumba y levanta!’ Cuando la situación sobrepasa la capacidad del médico, no habremos sobrepasado la capacidad de socorro de nuestro Dios, a quien pertenece el librar o no de la muerte».

3. La divinidad absoluta de Dios se ve en la entrega de las Escrituras

¿Qué parte o suerte tuvo el hombre en la composición de la Biblia? Ninguna en absoluto. Las palabras de esta son las palabras de Dios. «Toda la Escritura es inspirada por Dios» (2 Ti. 3:16). Ninguna parte de ella tuvo un origen humano, «porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana» (2 Pedro 1:21). ¿No hablaron los santos hombres de Dios «inspirados por el Espíritu Santo»? ¿Y cómo registraron después lo que el Espíritu Santo les comunicaba (en palabras de elección humana)? Por cierto, «no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu Santo» (1 Co 2:13). Balaam quería hablar de un modo diferente al que utilizó pero no pudo. Caifás profetizó «no por sí mismo» (Jn 11:51). A Pilato se le pidió hacer un cambio en la única frase que Dios lo movió a escribir, pero declaró: «Lo que

he escrito, he escrito» (Jn 19:22). Dios actuó de un modo soberano en el registro de las Escrituras, tal como en todo lo demás. Las palabras mismas fueron escogidas por Él; ¿y no las escogió soberanamente? ¿Tomó consejo ya fuera de los ángeles o de los hombres en cuanto a las palabras que escogería para comunicar sus pensamientos? Ciertamente no.

4. La divinidad absoluta de Dios se ve en la salvación

La propiedad absoluta e irresistible de Dios ha sido y está siendo expuesta en el ámbito espiritual de un modo tan manifiesto como en el natural. A Isaac se le bendice pero a Ismael se le maldice. Jacob es amado pero Esaú aborrecido. Israel se convierte en el pueblo favorecido de Dios mientras que a todas las demás naciones se les dejó en la idolatría. Los siete hijos de Isaí fueron todos pasados por alto y se halló que David, el niño pastor, era conforme al corazón de Dios. El Salvador cargó en él «la descendencia de Abraham» (Heb 2:16), no la descendencia de Adán. Su ministerio no alcanzaría a todo el mundo sino que se limitó al pueblo escogido de Dios. Los orgullosos fariseos fueron rechazados mientras que los publicanos y las ramera fueron dulcemente obligados por la gracia soberana a participar en la fiesta del evangelio. Al joven rico, que desde su juventud había guardado los mandamientos, se le permitió alejarse de Cristo ‘dolido’, aunque lo había buscado con verdadera sinceridad y humildad, mientras que a la mujer samaritana que había caído (Jn 4), y que no lo buscó, se le hace gozarse en el perdón de sus pecados. En la cruz dos ladrones colgaban junto a Cristo; eran igualmente culpables, estaban igualmente necesitados, estaban igualmente cerca de él. Uno de ellos es movido a clamar: «Señor, acuérdate de mí» y es llevado al paraíso, mientras que el otro padece la muerte en sus pecados y se hunde en una eternidad sin esperanza. Muchos son llamados, pero pocos son los escogidos.

Sí, la salvación es la obra soberana de Dios. «Dios no salva a un hombre porque sea un pecador, porque si así fuera debería salvar a todos los hombres porque todos son pecadores. No porque venga a Cristo, porque ‘ningún hombre puede venir a Él a menos que el Padre lo atrajere’; ni tampoco porque se arrepienta, porque ‘Dios da el arrepentimiento para vida’; no porque crea, ‘porque nadie puede creer excepto que le sea dado de arriba’; ni tampoco porque se mantenga fiel hasta el final porque ‘somos guardados por el poder de Dios’. No es por el bautismo porque muchos se salvan sin él y muchos se pierden con él. No es por la regeneración porque eso haría del nuevo nacimiento un deber práctico. No es por la moralidad porque el moralista es el más difícil de alcanzar y muchos de los más inmorales son salvados. La base de la gracia distintiva es la soberanía de Dios: ‘Sí, Padre, porque así te agradó’» (J. B. Moody).

Pero, ¿es Dios parcial? Contestamos: ¿No tiene el derecho de serlo? Una vez más citamos del sermón del Sr. Spurgeon: «La prerrogativa real»:

«Hablando espiritualmente esta prerrogativa también le pertenece a Dios. Por naturaleza estamos bajo la condenación de la ley a causa de nuestros pecados y somos como criminales juzgados, convictos y sentenciados para ir a la muerte. A Dios le toca, como el gran Juez, ver que la sentencia se ejecute o emitir un perdón gratuito según le plazca; y Él nos hará saber que este asunto depende de su suprema voluntad. Escucho la siguiente sentencia tronar sobre las

cabezas de un universo de pecadores: ‘Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca’. Los hombres están confinados a morir por sus pecados y depende de Dios perdonar a quien Él desee; nadie tiene ningún derecho al favor de Dios, el cual es conferido por mera prerrogativa porque Él es el Señor Dios, misericordioso y clemente y que se deleita en pasar por alto la transgresión y el pecado».

Cuán lejos se han apartado los admiradores actuales de Spurgeon de la enseñanza de este príncipe de los predicadores: Observa con cuidado las siguientes frases: «Nuestro texto, no obstante, coloca la prerrogativa sobre una base única, la de su señorío, y preferimos regresar a este punto: ‘De Jehová el Señor es el librar de la muerte’. Es una doctrina muy difícil de aceptar en estos días (siempre lo ha sido—A.W.P.), pero una que se debe mantener y enseñar: que Dios es un soberano absoluto y que hace como le place. No podemos permitir que las palabras de Pablo sean puestas a dormir: ‘Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así?’ El Señor no puede hacer mal, su naturaleza perfecta es ley a sí misma. En su caso Rex es Lex, el Rey es la ley».

¿Es parcial Dios? Ciertamente lo es. ¿Y no tiene el derecho de serlo? ¿No va a dispensar sus favores como le plazca y otorgar sus dones a quien quiera? Pero, ¿es razonable suponer que el Dios que es amor haya creado a millones de criaturas para que se pierdan? Viendo que sus elegidos constituyen solo un ‘remanente’, unos ‘cuantos’, en comparación con las grandes multitudes que mueren sin ser salvas, ¿es razonable esto? Respondemos que no es una cuestión de razón sino de revelación. Hay muchas cosas reveladas en la Escritura que son contrarias a la razón. ¿Es razonable pensar que Dios daría a su Hijo unigénito para que muriera por los pecadores? Ah, aquí la razón se excluye por completo. Y lo mismo ocurre en muchas otras cosas. Si estuviera dentro del poder del lector, ¿soportarías que tu peor enemigo fuera eternamente atormentado? Si fueras honesto, responderías rápidamente: ¡No! Pero Dios va a tratar así con sus enemigos y la sentencia va a ser justa, ya sea que podamos o no discernir su justicia porque el Juez de toda la tierra hará lo correcto. ¡Cuán distinto es el razonamiento carnal de la enseñanza de la Santa Escritura con respecto al castigo eterno! Una vez más: ¿se ‘reiría y se burlaría’ el lector de su peor enemigo si éste fuera severamente castigado delante de él y fuera completamente incapaz de librarse de ese castigo? Sin embargo, la Escritura explícitamente declara que Dios se ‘reirá’ de la calamidad de sus enemigos y se ‘burlará’ cuando venga aquello que temen (ver Sal 2:4; Pr 1:26). ¿Puede tu razón armonizar esto con tu conocimiento de Dios? Y lo afirmamos una vez más: Si eres honesto debes contestar que ¡no! ¿Entonces por qué parlotear tan fuerte y descaradamente acerca de la irracionalidad de la reprobación y de la absoluta soberanía de Dios en la salvación? Un ejemplo más: He aquí a Satanás, el enemigo multisecular de Dios y de muchos, el que ha causado un mal incalculable, preso finalmente con toda la seguridad en el abismo sin fondo. Ahí permanece encadenado por mil años. Ahora, mi lector, ¿sugerirías que el diablo fuera liberado de esa prisión después de la tierra haber estado libre de su presencia vil por mil años? Ciertamente no lo harías, y sin embargo, esto es precisamente lo que la revelación divina declaró que sucederá. Las Escrituras de la Verdad dan a conocer cómo Dios hará que la serpiente sea ‘soltada’ por un poco de tiempo, que Dios permitirá esto aun a sabiendas de que las consecuencias serán la revuelta más terrible por parte de los hombres bajo Satanás, una revuelta contra Dios de la que esta tierra nunca ha sido testigo. Verdaderamente los caminos de Dios son diferentes, muy diferentes a

los nuestros. Date cuenta entonces de la locura absoluta del hombre que intenta pronunciarse en cuanto a la sensatez o insensatez de los hechos y tratos del Dios altísimo. Permíteme ahora dar unas pocas palabras a modo de exhortación y concluir.

Uno de los pecados más flagrantes de esta época es la irreverencia. Por irreverencia no estoy pensando en la blasfemia abierta o en el tomar el nombre de Dios en vano. También es irreverencia no atribuir la gloria que se le debe a la grandiosa y terrible majestad del Todopoderoso. Es limitar su poder y acciones por nuestras concepciones degradantes; es rebajar a nuestro nivel al Señor Dios. Hay multitudes de los que no profesan ser cristianos que niegan que Dios sea el Creador omnipotente, y existen multitudes de cristianos profesantes que niegan que Dios sea absolutamente soberano. Los hombres hacen alarde de su libre albedrío, parlotean de su poder y están orgullosos de sus logros. No saben que sus vidas están a la disposición soberana del Déspota divino. No saben que no tienen más poder para frustrar su consejo secreto que el poder que tiene un gusano para resistir las pisadas de un elefante. No saben que Dios es el Alfarero y ellos el barro.

Ah, lector mío, esta es la primera gran lección que tenemos que aprender: que Dios es el Creador, nosotros las criaturas; que Él es Alfarero, nosotros el barro. Esta es la más difícil de todas las lecciones de la vida, y cuando pensamos que la hemos aprendido, pronto descubrimos que tenemos la necesidad de volverla a aprender. Dios es Dios y tiene el derecho de disponer de mí a su antojo. A Él le toca decir dónde debo vivir, ya sea en América o África. A Él le toca decir bajo qué circunstancias voy a vivir, ya sea en medio de riquezas o pobreza, ya sea en salud o en enfermedad. A Él le toca decir cuánto voy a vivir, ya sea que sea cortado en la juventud, como la flor del campo, o que viva hasta la vejez. Sí, y a Él le toca decir dónde voy a pasar la eternidad.

El primer pecado del hombre fue que se negó a ser barro en la mano del Alfarero; Adán quería ser algo más. «Seréis como Dios» fue la carnada que el tentador usó para lanzarlo a su destrucción.

Uno de los misterios más profundos de la encarnación es que ‘el Dios poderoso’ descendió del más alto cielo y tomó sobre sí la naturaleza de la criatura y descendió aquí para mostrarnos cómo usarla. Lo que diferenciaba la vida de Cristo de todas las demás vidas fue su sumisión absoluta y gozosa a la voluntad del Padre. La expresión «Mi comida es que haga la voluntad del que me envió» marcó la tónica de los treinta y tres años en que hizo tabernáculo entre los hombres. ¿Te has beneficiado tú del ejemplo que nos dejó el Amado del Padre? ¿Te ha mostrado la gracia divina cómo usar tu naturaleza de criatura? Solo si no vives en la auto afirmación, sino en la auto renunciación. Solo si has sido enseñado en la escuela de Cristo a decir: «No se haga mi voluntad, sino la tuya». Oh que la gracia divina pueda así dominar nuestros rebeldes corazones para que más y más podamos decir:

«¡Me inclino a tu voluntad, oh Dios,

Y todos tus caminos adoro!

Y todos los días que viva procuraré

Agradarte más y más.

Tu voluntad, el bien, la regla bendita
Del trabajo arduo y las lágrimas de Jesús:
Tu voluntad la pasión de su corazón
Esos treinta y tres años.
Amo besar cada pisada donde Cristo
Asentó sus pies de peregrino:
No puedo tener temor de esa bendita senda,
Cuyas huellas son tan dulces.
Cuando los obstáculos y las pruebas parecen
Ser como paredes de una prisión,
Hago lo poco que puedo hacer
Y te dejo el resto a ti.
No sé lo que es dudar,
Mi corazón siempre está contento;
No corro ningún riesgo porque, venga lo que venga,
Tú siempre cumples tu voluntad.»

Arthur W. Pink, *La divinidad de Dios*, ed. Guillermo Powell y Salvador Gómez, trans. Cynthia Canales (Bellingham, WA: Editorial Tesoro Bíblico, 2016).